HISTORIAS VIVENCIAS PERFILES
VIVEN PERFILES HISTORIAS
CIAS HISTORIAS

# Crónicas ES.PE.RE.

Pastoral Social

Corporación Vida, Justicia y Paz

ISAGEN
ENERGÍA PRODUCTIVA

# Crónicas
# ES.PE.RE.

# Crónicas ES.PE.RE.

## Contenido

Dora, la vida en colores ____ 5
Elsy, la vida es una escuela ____ 15
Laura no quiere repetir la historia ____ 25
Olga, perfecto es el amor ____ 35
Badillo como el río ____ 43

© Juan Alberto Gómez Duque

# Dora,
## la vida en colores

*Si usted ve a Dora caminando por las calles de Guarne, si realmente la ve, verá una vida en colores. Y no solo por su ropa o por su presencia, si no por un andar que declara su manera decidida de estar en el mundo con todos sus matices. Podría estar vestida de negro o de gris, el color siempre se le nota.*

Yo la vi venir antes de que se me presentara con una sonrisa. “¿usted es el periodista?”, me preguntó, aunque ella ya lo sabía. Y yo también sabía que era Dora Zapata Botero, una de las personas que participó en los talleres de la Escuela de Perdón y Reconciliación (ESPERE) y con la que me había citado para escuchar su experiencia en ese proceso. Ella era la entrevistada, y yo el entrevistador. Pero pronto me daría cuenta de que esos dos roles poco importan cuando se trata de escuchar un alma que ha vibrado en las diversas tonalidades de la vida, incluso las más oscuras, con todas sus manifestaciones.

Dora se deja ver desde el principio, no esconde ningún matiz, y habla con las manos y con sus gestos tanto como con sus palabras que son precisas y pinceladas, casi siempre, de sonrisas. “Si me dicen hagamos, pues hagamos”, expresa como si fuera su eslogan. Es un hablar alegre, desenvuelto y sin estridencias. Con las manos afianza su expresión y por eso no sorprende la habilidad que cultivó con ellas desde muy niña. “Yo hice una muñequita negra; como la hice de una telita café, entonces la muñeca me quedó negra, y con ojitos verdes. Yo me acuerdo mucho”, explica que la muñeca no era su confidente, si no su hija. “Yo era la mamá de la muñeca, eso era- reflexiona y hace una pausa-, de pronto he sido como muy mamá, inclusive en las relaciones he sido más mamá”. Y, al decir esto último, deja entrever un matiz algo difuso, autoevaluativo, del que no siempre parece haberse sentido orgullosa. Más adelante, después de conversar un rato, yo iba a comprender la razón.

Es la cuarta de cinco hermanas, ningún hombre en la familia. Nació en Medellín pero a los seis años y medio la llevaron con sus tres hermanas mayores a vivir con sus tíos en San Pedro de Los Milagros obligados por la estrechez económica. En San Pedro estuvo seis meses, pero regresó a los once años. Define esa infancia como “muy dura” porque a pesar de que tenía cuatro hermanas era muy sola o como le gusta decir: “cusumbo aparte”. Y enfatiza: “yo tenía épocas en que

me acostaba a las seis y media, no veía más qué hacer y mis hermanas en la calle jugando cualquier cosa, y yo… yo como que tenía…no sé qué sería".

Quizá por eso –piensa- se refugió en su muñeca negra de ojos verdes, a la que no recuerda haberle puesto un nombre, pero a la que sí que le puso pañoleta y le amobló un escaparate, como si fuera su diminuto apartamento, con cajetillas de cigarrillo que forraba en papel de regalo para que lucieran como un elegante sofá. Su segundo refugio, tal vez, fueron los oficios de la casa, que no hacía porque le tocara o la obligaran, sino porque quería ayudar a su madre a la que notaba triste. "Me daba pesar de mi mamá y me volví un apoyo muy grande para ella".

Esos "destinos" (término lapidario con el que en esta región denominan los oficios domésticos) la acercaron mucho a su madre y todavía hoy tiene con ella una comunicación y una especie de complicidad que va más allá de las palabras: "cada dos meses nos encontramos en familia y hacemos el almuerzo, jugamos unas carticas, lo que sea, y cuando nos sentamos a jugar no me dejan hacer con mi mamá dizque porque hacemos trampa", relata Dora sonriente.

A la niña Dora le gustaba estar en familia, en casa; a los 8 años barría, trapeaba y lavaba ropa. No lo hacía por gusto, pero tampoco lo consideró una carga. "Siempre fui más adulta de lo normal" explica, y refiere cómo sus hermanas siempre le han consultado su opinión sobre diversos asuntos de la vida. Aquella vocación de madre, contrario a lo que pueda sugerir como idea de casa, cuidado, hijos y hogar, nunca implicó en Dora eclipsar su fuerza y habilidad manual, ni su capacidad de trabajo físico. Tanto, que hasta su padre le sugirió que estudiara mecánica en el Pascual Bravo. "Si una amiga me llama, yo le pongo el plafón, le organizo el suiche, le pongo la ducha de cientodiez o dosveinte, tengo la facilidad para eso. Toda la vida he hecho muchas cosas, hasta carpintería o electricidad" afirma.

Pero es que Dora tiene capacidad de hacer todo eso porque también lo practicó en su vida laboral. Y aunque no estudió mecánica, fue secretaria en un taller y observaba el trabajo de los mecánicos. A veces hasta se animó a apoyar a alguno. Pero antes de eso ya había estudiado tres semestres de zootecnia en la Universidad Nacional, de la que se retiró. "Me pudo la rumba; me encanta bailar". Dice en un primer momento con cierta ironía pero, al instante, adopta un semblante más serio y confiesa: "la verdad es que mi papá, con lo de malas que era para trabajar, no teníamos como los pasajes y eso… entonces era el abuelito el que me daba los pasajes a mí, él que me daba el almuerzo, el que se levantaba a las cuatro y media a despacharme para clase de seis. Y entonces yo me puse a pensar: me muero de la pena, él en esas y yo viendo que vivíamos con el sueldo de él; porque el sueldo de mi papá y de un tío, que también vivía ahí, no aparecía, por muchas razones, no aparecía. Entonces yo me salí a trabajar".

Dora vendió libros de informática cuando era puro sistema operativo MS-DOS, fue asistente de un fisioterapeuta y vendió pollo asado en Pinky. Pero una de las etapas que más recuerda fue cuando estudió danzas en la desaparecida Escuela Popular de Arte en Medellín (EPA). Allí ya no fue reconocida por vender pollo sino por ser "la mamá de los pollitos. Yo era la que organizaba las coreografías, yo era la de todo ahí, hagamos esto, hagamos lo otro" relata moviendo las manos como si danzara dejando claro lo mucho que ama el baile.

Lo que más ama Dora es a su hijo Diego Alejandro, con el que consagró su vocación de madre. Ese único hijo casi no llega. Debió esperar cuatro años después de su matrimonio, seguir un tratamiento y esmerarse en cuidados especiales durante el embarazo. Con lo dicho hasta aquí, es fácil suponer que desde el nacimiento de Diego el 18 de agosto de 2001 a las 6:14 de la mañana, la vida de Dora se parte en dos y que la dedicó a él. "Primero soy mamá" declara, pero también deja muy claro que no se considera sobreprotectora porque, para ella, "si él deja de necesitarme, es porque fui buena madre".

Esa enseñanza de la autonomía que ha cultivado en Diego no le impidió, en una ocasión, hacerse invitar a bailar con los amigos de colegio de su hijo. “Llévenme”, lo dijo como en broma pero, como se dice en Antioquia, le “pararon la caña”. “Qué pena haberme metido entre ustedes en este baile” les dijo Dora cuándo llegó. “¿qué pena? –le respondió uno de ellos- si usted prendió el grupo de Whatsapp cuando dijeron ‘dizque va a venir la mamá de Diego a bailar con nosotros’, y todos ¡esooo!”. Pese a esta anécdota, Dora tiene claro su lugar: “yo me siento muy querida con ellos, porque lo común es que, a esas edades de los muchachos, las mamás les estorban”.

Un joven interrumpe en la mesa del café donde converso con Dora. La saluda con cariño y le pregunta por Diego. “Es un compañerito de Diego -me explica- yo tengo ochenta y cuatro hijos, compañeros que se graduaron con él, y yo en el colegio fui la que les organizaba todo, la despedida, que una cosa, que la otra”, me cuenta además que muchos de ellos han probado sus frijolitos y que se siente satisfecha de haberlos acompañado un poco.

Y es que la actividad de Dora en el colegio La Inmaculada Concepción ha sido de liderazgo, bien sea en el Consejo de Padres o en la Junta de Familia, o recogiendo fondos para el ahorro escolar. En una de esas actividades en la que organizaban la ceremonia de grados de bachilleres, se ofreció una misa por la salud del esposo de otra madre de familia. Allí las invitaron a participar en la Escuela de Perdón y Reconciliación (ESPERE). Decidió ir y ahora asegura que fue la más beneficiada. No sabía que iba a asistir a la cita más importante de su vida: una cita con ella misma.

Dora no se arrepiente de haber cultivado su vocación de madre, de mujer protectora y apoyo, pero tampoco deja de reconocer que, de alguna manera, también se ha puesto muchas veces en un segundo lugar. Ella lo resume mucho mejor: “Sin ánimos de arrepentimientos, pero sí debería ser uno y después ser para los demás, porque va cayendo uno en esa, no rutina, sino

como en esa manera de vivir en función de dar, y entonces ¿cuándo yo?". Con el proceso en las ESPERE, se dio cuenta que también uno se puede quedar vacío si olvida llenarse y aprender a recibir para poder dar.

En ese momento le pregunto a Dora: "supongamos que usted en vez de un hijo tuvo una hija, resulta que esa hija le dice, 'no madre yo la quiero mucho y la respeto, yo quiero aprender de usted de todo lo bueno que hizo, de todas esas cosas hermosas que hace. Pero yo con toda honestidad y con todo cariño, pienso que usted de algún modo también estuvo sometida, también se vio obligada a callar, a resistir y a aguantar; madre yo no quiero eso.' ¿Usted qué le diría?" Dora responde con rapidez: "que con toda la razón, que cuanto antes salga porque es muy difícil".

Pero Dora también sabe distinguir entre egoísmo y amor propio. Que hay que atreverse a estar con otros con todo lo que implica la cercanía e incluso la convivencia con un ser humano y no sólo con mascotas. "Pienso que se debe

dar el lugar de ser profesional también y todo eso, pero que sí haya una convivencia, y que sea de tú a tú: hagamos los dos, usted es un doctor y yo soy una ingeniera, pero usted también puede lavar y yo también puedo lavar. Hagamos juntos, que nadie sea más que nadie en el hogar". Recomienda Dora y expresa que ojalá los jóvenes no se nieguen a la oportunidad de intentar una vida de convivencia en pareja sólo por miedo a pensar que perderán la autonomía y la libertad.

Para llegar a entender todo eso Dora ha tenido que vivir, agradece que las ESPERE le animó a dar un paso gigante: vivir un proceso de liberación que, aunque haya sido doloroso, le permitió aceptar que "uno acumula rencores" como ese que ardía en su corazón por miedo a hablar de la violación que sufrió en su juventud. "Yo no le conté a nadie, en mi casa no supieron, entonces yo hablaba de una manera muy distinta a como puedo hablar ahora, convivía de una manera muy diferente, si hablaban de una cosa y a mí me repercutía eso, yo callaba, y trague y trague", relata que luego que se sacudió de la culpa y ahora puede hablarlo con su madre.

La Silla Vacía es un ejercicio en el proceso de las ESPERE que fue especialmente liberador para Dora, así lo explica: "el ejercicio de la silla vacía es que ahí sentás a tu dolor, por decir algo, al causante de, al protagonista, y lo perdonas o le preguntas por qué así. Es una situación que lo deja a uno sacar otras cosas que no sea el dolor, sacar unas conclusiones que lo tranquilicen a uno, mejor dicho". Sin buscar culpables sino aprendizajes; Dora ya no se detiene en "por qué" si no en el "para qué".

En este punto de la conversación Dora muestra una especie de alegría serena, consciente, parece acariciar la tristeza como otra maestra que la prepara para disfrutar cada momento. "Disfruto hasta la buseta que se varó" dice. Si le cogen las ganas de bailar en la casa, pues baila sola, pero si se le atraviesa Diego, le da dos vueltas "y él se deja", aunque me confiesa que es más bien "tiesito". Pienso entonces que para

la soltura de Dora, el 99% de los habitantes del planeta somos unas estacas pal baile. Siquiera que estoy en un café y no en una discoteca para no estropear la escasa reputación que haya podido cultivar en Dora durante esta conversación.

En una de esas, no se quedó con las ganas de bailar. Entonces vio que había un evento de coleccionistas de salsa y hasta allá se fue con una amiga. Bailó desde la ocho de la noche hasta la una de la mañana. No le importó el rumor que pudiera suscitar. "El qué dirán no lo puede uno tener muy en cuenta, porque entonces cómo vive uno" sentencia con la seguridad y la consciencia que argumenta incluso con una lectura reciente: El libro de la Alegría, que narra el encuentro de una semana entre el Dalai Lama y el arzobispo de Sudáfrica, Desmond Tutu: "son íntimos amigos, se han visto seis veces, y se tratan… llora uno, se ríe uno, en ese libro la narración que le hizo este periodista es espectacular, sobre qué es la alegría, qué es la felicidad. Entonces me lo leí en tres noches porque me cautivó".

A sus cincuenta y un años Dora siente que tiene frente a ella un reto enorme: asumir una nueva vida después de su separación. Para enfrentarlo, afirma, tiene la "herramienta del día a día" y la pintura, un verdadero destino que descubrió en el mejor momento para desplegar el color que brota de sus entrañas: árboles, flores, verduras y frutas de resueltas pinceladas. "El color para mi es indispensable en la vida, en cualquier manifestación", expresa rotunda como si leyera una declaración. Pese a que el proceso con las ESPERE lo vivió hace más de un año, lo considera otro recurso que ahora le permite afrontar las situaciones: "si no hubiera hecho Las ESPERE, yo no sé qué hubiera pasado conmigo en ese sentido" afirma. Pensaba que se había casado para toda la vida y llegó a pintar un futuro con planes de hacer muchas cosas en pareja. Ahora no sabe quién va a estar con ella en el futuro, o si va a haber alguien, o si ella misma estará viva, pero se concentra en el presente.

Una última pregunta Dora: para usted ¿qué es el perdón?

— El perdón es un acto de amor con uno mismo.

¿y la reconciliación?

— La reconciliación es afianzar ese amor.

Muchísimas gracias.

— ¿Así no más?, ¿sin dolor?, jajaja

A mí no solamente no me dolió, sino que me causó mucha felicidad la conversación, la tarde, el lugar… le agradezco mucho su confianza.

— Y que conste que yo soy difícil de palabra.

Yo, por lo menos, no puedo dar fe de eso.

Nos despedimos. Le prometo enviarle la crónica (esta) antes de publicarla. Me voy pensando en algunas de sus últimas palabras (por ejemplo, cuando dijo: “ahora soy más bonita”) y me digo: “vive el presente, pero si llega el futuro, tiene claro cuál es la persona que lo puede dibujar mejor: ella misma”. Y ya sabe cómo pinta.

© Juan Alberto Gómez Duque

# Elsy,
## la vida es una escuela

*Elsy todavía no logra explicar de dónde sacó la migaja de energía para levantarse de la cama del hospital aquél amanecer. Dejó a su hijo recién nacido y se fue a buscar a la melliza. La buscó entre los niños que estaban en las otras camas y la encontró en la habitación de las incubadoras.“A pesar de que la ví tan mal, yo tenía la esperanza de que ella viviría”, recuerda. Cuando llegó hasta ella, la miró;“vi que era linda y parecida al hermanito, incluso un poquito más grande” Entonces regresó a su cama de convaleciente donde su hijo lloraba. “Ese bebé se le muere también porque la hermanita se la va a llevar” le dijo una trágica madre desde la cama vecina. “pero yo en la mente no me imaginé que se iba a morir”, cuenta Elsy.*

Alex David no murió, pero murió su hermanita María Milena. David era cuatro horas mayor que Milena y no paraba de llorar. Su esposo, contrariando la prohibición del hospital, le mostró a Milena en "la cajita", un diminuto féretro blanco. "A él no le habían dado permiso de mostrármela, pero la reacción de él fue llevarla a que yo la viera y fue algo bonito; uno en ese momento tan difícil no sabe ni lo que quiere", me cuenta Elsy sentada en un sillón en esta casa de Santuario en la que ha vivido durante más de cuarenta años. Yo la escucho.

"Yo nací aquí en El Santuario. Mi infancia fue muy bonita, estaban mi papá y mi mamá y tuve la oportunidad de compartir mucho con ellos. Éramos ocho hermanos. Yo soy la cuarta. El mayor es Francisco Javier, después viene Maria Del Carmen, luego Fabiola y mi persona, después Jose Octavio, Uriel, Nuri y Félix. Mis papás eran Oscar Francisco y Maria Delmira.

Mi papá normalmente era agricultor y también era negociante. Sembraba zanahoria, papa, remolacha, frijol, habichuela… porque Santuario es como la capital de los agricultores. De aquí de Santuario sale todo lo que es la legumbre y mi mamá también compartía con él lo del negocio. Mi papá compraba, vendía legumbre y la mandaba para Medellín. Mi mamá también tuvo aquí en esta casa una tienda. Con lo de la tienda le ayudaba a mi papá con los gastos de nosotros para el estudio. Él tenía una finca en El Salto, él era muy negociante de fincas también. Compró una finca en Pavas y la tuvo un tiempo, luego la cambio por otra en El Salto y ahí era donde producía.

A mis hermanos hombres los sacaban desde muy temprana edad para ayudar a recoger y a empacar. Desde que ya estaban en edad de 10 o 12 años les enseñaban a sembrar y nosotras en la casa le ayudábamos a mi mamá en la finca con los animales y en los oficios domésticos.

En Pavas vivimos mucho tiempo y ya luego en El Salto no vivimos del todo, íbamos y veníamos. Después, ya en el pueblo hemos vivido en este barrio José María Córdova muchos años, aquí sí nos quedamos.

Mis hermanos fueron comerciantes todos, inclusive mis hermanas han sido comerciantes también. Solamente al mayor le gustó mucho el estudio y se organizó en una empresa en Medellín que se llama la Colombiana de Tabacos. Con el bachillerato empezó a trabajar ahí, ascendió hasta que fue uno de los supervisores. Alcanzó la jubilación porque es muy juicioso, le gustaba trabajar horas extra".

Basta con escuchar a Elsy un instante para darse cuenta de que es una maestra de la vida y tiene mucho que contar. El tono de su relato es tranquilo, pausado, sin mucho énfasis, pero no monocorde ni tedioso; es algo así como una buena narradora de un documental de su propia vida. Hasta los episodios más dolorosos, los narra como quién cuenta las travesuras de los hijos que hacen sufrir, es decir como lo que son o deben ser, lecciones y aprendizajes. No resisto preguntarle: "doña Elsy ¿cómo es la vida de una mujer en el campo?" y ella responde segura.

"Depende mucho del hogar; si es un hogar bien constituido la vida de la mujer es muy bonita, pero si es un hogar donde hay mucha violencia y maltrato, la vida de una mujer puede ser como de una esclava. Hay historias fuertes de personas que viven en las fincas. También los grupos armados hacen que la gente se venga para los pueblos y esas mujeres de las fincas son muy abusadas por esas personas que vienen a tomarse las fincas. Acá en Santuario y en muchos sectores eso se ha dado y sigue sucediendo. El machismo no se ha acabado y el problema del machismo es muy fuerte. Por causa del machismo hay mucho maltrato. El hombre muy dominante. La mujer no tenía derecho ni de estudiar ni de abrirse a la vida porque no la valoran. Entonces para mi el machismo es algo muy horrible y parte del mayor problema en la familia".

Elsy habla con la propiedad de quien ha conocido el rostro más duro de ese machismo, y ella lo declara como quien expone otro aprendizaje profundo. Como el día en que su hermano mayor le consiguió un trabajo en Medellín apenas se graduó de bachiller.

"Mi papá dijo rotundamente no. Yo deseaba; uno piensa en un horizonte diferente de lo que había vivido. En ese momento ya yo me conocía con mi esposo que en ese tiempo era mí novio. Llevábamos por ahí ocho meses cuando mi hermano me consiguió el trabajo, yo tampoco hice tanto esfuerzo por ese trabajo porque ya estaba encarretada con él y sería dejarlo; además él también era machista en ese sentido. Debido al machismo se cierran muchos caminos y yo también sufrí las consecuencias del machismo. Uno en ese tiempo sentía mucho respeto hacia los papás, uno no se atrevía a discutir y mi papá sí tenía un carácter fuerte y mi mamá se mantenía debajo. Mi mamá con su inteligencia sí conseguía muchas cosas, pero mi papá era el que tenía ese dominio. Eso es algo que viene de generación en generación y que yo también viví con mi esposo".

A Elsy le permitieron estudiar modistería y trabajar en la casa. Y hasta en ese oficio solo cosía para hombres cuando su padre la necesitaba . "Pantalón de hombre casi no trabajé, y mire que tan charro: el mismo machismo, el hombre no se atrevía a ir donde una mujer para que le hiciera el pantalón, ellos iban donde un sastre hombre, vea como siempre ha habido una barrera".

Elsy está convencida de que la vida a duras penas alcanza para conocerse a uno mismo, por eso considera imposible conocer de verdad a otro. Lo dice no sólo por su esposo, sino como un asunto generalizado: "uno nunca llega a conocer a la pareja completamente y lo peor es que uno a los años de casado y todavía no lo conoce porque el ser humano a diario es un descubrimiento y un conocimiento. Yo creo que la persona es una con la familia, es otra con los amigos, es otra

en la iglesia, con la religión. Entonces conocer una persona para mi es totalmente imposible, además las personas tienen una parte íntima que a casi nadie deja conocer. Es que si uno empieza por uno mismo se sorprende de lo que uno mismo es, uno se va conociendo a medida que la vida transcurre".

Y la vida la ha llevado a descubrir mucho de sí misma. Su propio cuerpo de mujer fue el principal "instrumento" de doloroso aprendizaje. Como cuando esperaban que de su embarazo llegara un bebé y se dieron cuenta de que venían dos: niño y niña. "El primer embarazo es muy difícil porque uno se casa con una persona totalmente desconocida, entonces en ese momento que uno se está conociendo viene un hijo y ahí comienza la parte más difícil de la relación porque ya es conocer la pareja y comenzar una nueva etapa de la vida que es la maternidad. Es difícil, al principio yo me enfermé mucho y casi pierdo los niños entonces eso ya va comenzando una historia fuerte. Uno cuando se casa cree que está muy preparado en la vida y en verdad uno no está preparado ni para la maternidad ni para el matrimonio, toda la vida es la escuela que le va enseñando. Ese mundo es trágico".

Me sigue sorprendiendo el tono de Elsy, aunque las palabras aquí transcritas suenen lacónicas, oyéndola no trasluce tristeza, ni melancolía, mantiene su color de maestra serena y comprensiva. Es difícil no sentirse su alumno y, simplemente, escuchar: "Entonces uno ya comienza como el conflicto entre lo que yo soy y lo que traigo de mi familia, con lo que él es y lo que trae de su familia. Ahí ya se empiezan a imponer ideas, yo quiero imponer mis ideas y el esposo igualmente, son dos vidas totalmente diferentes queriendo compartir una misma, entonces esa parte es muy difícil".

Cuando se habla de las diferencias entre el hombre y la mujer, pienso que hay una que las supera todas: ellas son las que llevan el bebé en el vientre y las que paren. Gestación y parto, se dice fácil, pero es imposible no ver la vida y los hijos de distinta manera frente a semejante estremecimiento de cuerpo, alma y corazón. Elsy, lo sabe muy bien por partida doble-doble: dos embarazos de mellizos y un solo bebé vivo: Alex David. Ante eso, sólo cabe escuchar la lecciones de vida que Elsy relata:

"Me hicieron una radiografía y aparecieron los dos bebés. En ese momento yo no sentí miedo, sentí felicidad, pero sabía que económicamente no estábamos preparados para dos. Ya en el parto estuvimos desde el viernes por la noche, el niño nació el sábado por la tarde y a las cuatro horas nació la niña. Ella nació viva, pero debido a que el parto se demoró mucho, nació muy ahogada y ya en la madrugada me entregaron al niño y me dijeron que la niña había fallecido porque fue un parto muy complicado. Hasta yo sentía que me moría, era un dolor tan profundo que sentía como se desprendía parte de mí. En el parto de mis mellizos se me iba el alma, yo no existía; no supe cuando nació la niña.

Hasta mi suegra me dijo que el niño también se moría porque ya se había muerto su hermanita. Ya era uno preocupado por cualquier cosa, uno los ve como tan chiquitos, tan delicados, cree que se le van a morir y más con esa sentencia en la mente.

Yo pensé que mi niño moría y no, Dios me lo regaló".

El segundo embarazo de Elsy, también fue de mellizos, pero estos los abortó a los dos meses, y así me lo cuenta: "yo perdí los bebés un domingo, ese domingo me vine para el pueblo con el niño y mi esposo se quedó en la finca, seguro no me sentó bien toda esa caminada y ya al volver a la finca sentí que me iba a enfermar. Mi cuñada vino a ayudarme, pero no nos dio tiempo de ir a la clínica, de una se desprendieron. No alcancé ni a ir al baño, yo hice ahí en una bacinilla y ahí cayeron los fetos, ya no hubo nada que hacer. Mi cuñada los lavó y pude verlos".

Luego vinieron Cristina y Marcela Andrea, pero esta vez en embarazos separados y tranquilos. Marcela ya tiene 30 años. Elsy se quedó con esas dos hijas y Alex David. Confiesa que la decisión de no tener más hijos, no sólo fueron económicas, sino que la desmotivaba el machismo de su esposo. "Uno ve que cuando hay un padre machista, hay cierto tipo de violencia en la familia y yo trataba con mi inteligencia de que el hogar no se convirtiera en un lugar de violencia. Cuando mis hijos empezaron a crecer, mi esposo comenzó a cambiar mucho, tanto que hoy por hoy doy testimonio de que mi esposo es otro, el cambio la forma de ser totalmente y soy feliz por mi hogar".

Elsy asegura que parte de ese cambio se debe a que participó del proceso de la Escuela de Perdón y Reconciliación (ESPERE). Sin embargo, esa sigla, ESPERE, resume su lucha, porque si a alguien dejó esperando Elsy para cuidar y atender, fue a ella misma. Veinte años cuidó a su madre "completamente hasta que le entregué en brazos de Dios" recuerda. Su hija, una líder comunitaria en Santuario la invitó a las ESPERE: "ya usted cumplió algo muy bonito, algo muy sagrado con mi abuela, es tiempo de comience a estar en otras cosas" y aceptó. Y todavía en las ESPERE su primer deseo era que lo hicieran otras personas: "no pensaba en mi".

Mientras cuidó a su madre, Elsy procuró mantenerse fuerte,

pero cuando murió, su salud se derrumbó. Es como si la necesidad de estar bien para cuidar a su madre la mantuviera estimulada, concentrada. Vinieron la depresión y el dolor de columna. Ella reconoce que también fue causado "por pensar más en los otros que en mí. Mi hija, la segunda, que siempre ha tenido problemas de salud, yo le di a ella, como dicen, alma, vida y corazón. Entonces di mucho y mi cuerpo ya no da más. Mi hija tiene una bebé de 18 meses, pero yo no la puedo cuidar porque mi cuerpo no da más, pero mi espíritu me pide otra cosa. Ya en el caso de las ESPERE, a mi me dijo una compañera que uno muchas veces piensa en el otro y hay que pensar en uno también; me dijo que es algo maravilloso que me iba a servir ya que he vivido situaciones difíciles, entonces me di la oportunidad. Y cuando me regalé la oportunidad, me di cuenta de que yo era la más necesitada de las ESPERE: la viví, la trabajé y traté de sacarle todo el fruto".

Dedicada a aconsejar y a escuchar con amor, Elsy se había olvidado de aconsejarse y escucharse con amor. "Mis problemas estaban ahí, dentro de mí. Yo sentía que en el fondo no eran importantes, pero cuando hice lo de las ESPERE pude ver que realmente lo necesitaba. Desde el primer día me di cuenta de que era una experiencia maravillosa, cuando nos dijeron que recordáramos algo muy bueno en la vida y algo que nos haya dejado una marca, algo difícil. Ahí comencé a ver que lo que yo llevaba adentro era bastante".

Nunca sentí dolor o conmisceración durante el tiempo que escuché este relato de Elsy. Sin duda conmueve, pero su tono y su voz fueron siempre vitales, verdaderas lecciones de vida. "Y cuénteme doña Elsy, ¿usted qué perdonó?", le pregunto en el momento en que la conversación va adquiriendo un tono de tranquilo cierre y elocuentes silencios. "Cuando uno llega a una familia, uno es como el intruso, es como el que está imponiendo otra manera de pensar. Yo perdoné que mi esposo, venía de un lugar donde no había cariño, nunca había un abrazo, un beso, que siempre era como todo brusco. Entonces yo perdoné que ellas también venían de una familia

difícil, que traían unas heridas que mi esposo también traía. Comencé a perdonar y a comprender que mi esposo venía de una familia diferente, de una posición diferente, porque mi esposo casi no estudió y que al final de la vida me quisieron mucho. Yo todo el tiempo había tratado de comprender, pero sentía que no había perdonado".

Elsy esperó, pero la escuela fue su vida y las ESPERE su graduación. Así lo resumió: "mire que yo todo lo que le cuento a usted se lo cuento con serenidad, en otro tiempo hubiera llorado todo el rato".

# Laura

## no quiere repetir la historia

*¿Cuál es su primer recuerdo de infancia?. ¿Es doloroso?, ¿es alegre?, ¿es triste?, ¿es dichoso?. También se lo pregunto a Laura, la persona que ahora tengo frente a mí en este café de Santuario. "Sí, tengo un recuerdo, pero no es tan bueno". Recuerda hasta su ropa: "una pantaloneta verde de rayitas, como un sesgo blanco, y una camiseta pollito". Tenía cuatro años. Su madre la agarraba, mientras su padre la castigaba con el rejo,"una soga que tenía para el caballo" Laura todavía tiene viva la imagen y las cicatrices en sus piernas. "Yo le había pegado un machetazo a mi hermano Wilson acá en el hombro; como no tenía filo se machucó la piel y se le hundió la camiseta entre la piel, horrible. Por eso me castigaron".*

Laura se encendía como un fósforo, la provocaban fácil. Y como quién quiere ver más "espectáculo", la provocaban más. Antes de exisitir el bullying, en los pueblos lo llamábamos joder, atosigar o sencillamente "sacar la rabia". Como a esos que les decían "loquitos" o "bobos", términos más que incorrectos, realmente ofensivos y nada precisos. Pero era el pueblo y eran otras épocas. Así le sacaban la rabia a Laura. No era loca, ni boba; en realidad, ahora nadie lo es, como nadie es ahora "inválido" o "tullido", o "apendejao". Y ya nadie se muere "de repente" o de "pena moral". Tal vez resulte incómodo recordar esos calificativos o descalificativos, pero es la historia de los pueblos y no se puede negar, qué le vamos a hacer. Con Laura ya sabían la fórmula: "me decían dizque 'mona encanijada' y me prendía de la rabia".

Laura dice que era "la loca de la casa", pero no lo dice por el bullying o por irascible, si no porque ponía mucha energía e ímpetu en lo que hacía desde muy niña: aprendió a montar bicicleta y a caballo, corría, araba, jugaba y recogía leña. Pero confiesa: "En el fondo no era tanto lo que me gustaba recoger leña sino lo que me producía hacer eso, ver a mi mamá contenta, cariñosa, afectuosa conmigo; ver a mi mamá que me hablaba con cariño, que se sintiera orgullosa de mí al menos por algo, y dijera 'bueno, Laura es la que me recoge la leña pa' poder cocinar'". Porque a pesar de tener a su madre y a su padre en la casa, ellos se la pasaban trabajando: él en las labores del campo, ella cocinando a su familia y a los trabajadores. Incluso cuando su hermana pequeña nació, Laura la cuidaba cuando su madre enfermaba o para que alcanzara a terminar tanto oficio. "Una vez mi mamá me dijo, muerta de la risa, que cuando yo hacía daños o hacía cosas mal hechas, de una me iba y recogía leña y le llevaba. Yo me puse a llorar, y le dije 'Mamá, usted no sabe lo que me duele eso, porque yo solo quería que usted me mirara y me hablara con cariño' qué pecao de mi mamacita, la puse triste, pero bueno, de todas maneras, antes me afectaba mucho hablar de esto".

Laura asume una mirada comprensiva, la misma que ha construido con los años y la experiencia: “Uno no da de lo que no tiene, mi mamá recibió también muy poca atención, porque mis tíos fueron catorce, los hermanos de mi mamá. Son familias grandes donde hay muchas ocupaciones y donde uno vive la soledad y el desamor, esa es la verdad”.

El segundo nombre de Laura es Ubeny y así le decían: “Ubeny le pega a todo el mundo”, “Ubeny es una grosera”, “Ubeny es una malcriada”. Cuenta que su hermana le tenía miedo cuando la veía enfurecida, creía ver el diablo personificado. “A mí entre más me pegaban, yo más agresiva era, más rabia sentía, más ganas de pelear con la gente”, recuerda Laura Ubeny.

Un día que peleaba con su hermano Wilson, su otro hermano, Lázaro Alirio, le dijo: “tírele una piedra”. Tal vez ni el propio Lázaro creyó que la apuntaría porque Wilson ya iba lejos. La piedra le cayó en el ojo. Wilson se revolcaba en el piso gritando: “¡me mató, me mató!”. Lázaro le dijo a Laura: “váyase pa la casa que eso es mentira, él se está haciendo”. Pero a Wilson se le puso el ojo “grandísimo y morado” y le contaron a su padre lo que había ocurrido. Laura recordaba el rejo. Temblaba ante la sola expectativa del castigo. Su padre esperó a que Laura comiera. De pronto “entró por esa puerta de la cocina con esa soga en la mano, y vi eso y yo dije ‘Dios mío’, y empieza mi papá así con esa rabia a mirarme, yo me acuerdo que yo lo veía y veía un monstruo, porque se ponía rojo de la ira y así con ropa de trabajo, lo veía como un monstruo”. Cuando el padre iba a descargar el rejo sobre Laura, Wilson le dijo: “¡papá espere! Sí, ella me aporrió, pero yo le perdono”. El padre se sintió desarmado. “Es que yo sé que la molesté”, agregó Wilson. “Vea mijita, mire cómo son las cosas, mire lo que dijo su hermano que la perdonaba, mire qué cosa tan bonita” Respondió el padre. Laura tenía unos nueve años cuando eso ocurrió y es uno de sus recuerdos más profundos.

A los once años Laura salió de la vereda para estudiar en la cabecera de Santuario. Compartió con la prima que es su tocaya de segundo nombre: María Ubeny. Se hicieron amigas y cómplices, estudiaron todo el bachillerato juntas. Las conocían como Las Ubenis. "Había una habitación que estaba destinada para mi tía con su esposo y con toda su familia, ellas estudiaban acá con mis hermanas, las mayores, éramos como seguiditos. Éramos dos familias en una, así crecimos, somos como hermanos" y Laura sonríe al recordarlo. Se juntaron ocho mujeres entre las dos familias. "Había un señor que nos llevaba el gas y decía que esa era la casa del cielo, que porque aquí viven muchos ángeles" y desata la risa.

La vida en el colegio para Laura fue difícil al principio. "En ese tiempo ya no peleaba, pero tuve mucha soledad. A mí no me querían, no sé por qué no me querían, me sacaban chismes, me inventaban cosas. Uno llega a un colegio y todos los niños se van detrás de la más bonita y pues, según eso, la más bonita era yo, porque todos estaban detrás de mí". Los niños le regalaban dulces, tarjetas, cositas, pero, según Laura, la mayoría de niñas se mostraban hostiles o antipáticas. No querían hacer los trabajos en equipo con ella, ni le apoyaban con las explicaciones de lo que le daba dificultad entender. Laura reconoce que tampoco se ayudaba con su actitud; se mantenía en guardia.  Así se la pasó, refugiada en su prima hasta que a sus 14 años en noveno grado dijo: "no más". "tengo que actuar de otra manera, tengo que ser diferente para que me quieran". Empezó a tener amigos que aún conserva.

Los quince años se los celebró su novio y los amigos "de recocha". Se pusieron camisetas blancas, compraron bombas, torta, gaseosa, mecato; bailaron el vals, llevaron rosas y guitarra, y le cantaron Collar de lágrimas: "Pienso en mi novia y en sus ojos tristes/Pequeños, diamantinos y muy bellos/Donde he visto también, algunas veces/Silenciosas rodar gotas de

fuego". Un pasillo clásico de la música colombiana que muy difícilmente se escucharía hoy en unos quince, pero era Santuario en los años noventa. Su papá no celebraba esas cosas, en parte porque no le gustaba y en parte porque no había dinero. Hasta les dijo desde muy pequeños a sus ocho hijos, seis mujeres dos hombres, que él era el niño Dios para que no le pidieran nada que no pudiera darles.

A su novio terminó echándolo porque se creyó el chisme de que ella tenía otro. La obligaban a ir a misa, pero se acostumbró. No soportaba que su madre le cambiara la emisora La Voz de Colombia para poner un rosario o una misa. Se metió a pastoral juvenil. Allí tuvo otro novio por siete meses que se fue y no volvió más. "Me endurecí, formé una coraza, yo no le paraba bolas a nadie. Yo dije: me voy a dedicar a estudiar y hacer lo que quiero hacer y nada de novios ni nada". Se metió en todo grupo que hubiera, hasta al de los bomberos voluntarios. "Yo tenía que estar ocupada, yo quería estar haciendo algo, siendo útil, sirviendo", enfatiza.

Se graduó, hizo algunos talleres, trabajó en confección. Trató de ahuyentar un nuevo pretendiente hablándole de Dios porque, según Laura, "Lo mejor pa espantar a un hombre es hablarle de Dios". El pretendiente tuvo paciencia, mucha, porque ella confiesa que se mostró irónica, odiosa, le decía que no la llamara. "A él le tocó pataletar mucho pa´ que yo callera en sus redes" sonríe Laura. Después de tres años de novios, Laura se casó a los 21 años.

A Laura le costó adaptarse a su nueva vida. "Dejé de trabajar, me dediqué a ser ama de casa, y a renunciar a todo lo que yo era; que yo salía, que yo iba a un grupo, que yo iba al otro, fue difícil". A los dos años llegó su primer hijo. Dice que utilizó el método de planificación natural sintotérmico, que consiste en determinar los días de fertilidad tomando la temperatura de su cuerpo. Así "encargó" a sus hijos Juan Pablo, Estéfany Mariana. Pero con Mariana sucedió lo inesperado.

Mariana es el espejo de su propia infancia. "A mí me ha dado muy duro porque yo he revivido la historia de mi pasado con mi hija". Laura se sintió retada para no repetir la historia. "No quería hacer lo mismo que hicieron conmigo, era algo involuntario. Después de castigarlos y gritarles yo me sentía culpable, busqué todas las formas de sanar eso y de liberar tanto dolor y tanta angustia que había en mí".

En la época de su infancia los "diagnósticos" eran grosero, desobediente o malcriado, el tratamiento sólo tenía dos sílabas: rejo. "Cómo así que a los hijos no se les puede pegar, eso es bobada" todavía se escucha decir. O aquello de "a mí me dieron mucho rejo cuando era niño y salí derechito". Ahora Laura habla con propiedad: "mis hijos tienen déficit de atención e hiperactividad, ese es el diagnóstico; pero hay subtipos, el subtipo de mis hijos Juan Pablo y Mariana es inatento. Ellos son tratados con psiquiatra, psicólogo y toman medicamento".

Pero, además, Laura aplica a sus hijos una medicina básica e infalible: “he tratado de ser muy conciliadora con todo, a pesar las dificultades, trato de que no se crezcan los problemas, de que se lleven bien. A Mariana, que ha sido ese reflejo de lo que fui yo, le hablo, la abrazo, le digo que es muy hermosa, que es juiciosa y muy dulce y tierna. Le digo que no le de trascendencia a las críticas sin fundamento, que sobresalga por lo buena que es, que no le pegue o insulte a un niño. Trato de darle herramientas a mis hijos para que hagan lo mejor posible, y le pido a Dios mucha sabiduría para saberlos guiar. También les cuento de mis experiencias para que sean mejores”

Laura, la misma que expresó que “nadie da de lo que no tiene”, sabe que para dar debe primero llenarse y eso implica hacer su trabajo con ella misma. Mirarse y comprender. Y así asumió el cáncer de seno que le diagnosticaron en plena crisis familiar. En esas, llegó al proceso de la Escuela de Perdón y Reconciliación (ESPERE). “Empecé en las ESPERE sin tener el diagnóstico, cuando recibí el diagnóstico vi que era cáncer de mama y pensé: Dios mío, me voy a morir”. Comenzó el tratamiento de quimioterapia mientras asistía a los encuentros a los que llegaba “literalmente arrastrada. Yo lo único que quería era sanarme para poder morir en paz”. Decidió continuar.

La sensibilidad de Laura se percibe en sus ademanes, en sus gestos, sus risas y lágrimas, una especie de intensa melodía con los que se marca el ritmo de esta profunda conversación. “¿Por qué me diste un corazón así?”, se lamenta. Pero ella misma sabe que también en ese corazón está su mirada de la vida y su fuerza. De la “mona encanijada” sólo quedan sus aprendizajes, una pedrada y un perdón. Ella ríe cuando se lo digo. Sólo para relajar un poco el momento. Quedó mucho más, por supuesto: media vida de caminos y comprensiones.

Laura toma la santidad muy en serio, o muy a pecho. Las escenas que describe de sus momentos críticos, están al lado de sus oraciones y rodeados de alusiones constantes al papel de Dios en su vida. De hecho, el nombre de su hija Laura Estefany, lo puso en honor a su abuela que también se llamaba Laura. “Lo hice por mi abuela, por lo que ella significó en mi vida; ella murió de noventa y cuatro años. Mi abuela era hermosa, ella oraba, ella rezaba el rosario, la pasión y muchas cosas. Ella trataba de llevar una vida muy buena y muy santa, y verla, una mujer tan santa para mí que padeció en una cama, para mí eso fue muy duro. A partir de ese momento yo empecé a transformar mi vida, a tratar de ser menos prepotente, menos grosera, menos egoísta”.

Su nicho de oración y de diálogo espiritual fue el sagrario. Allí, mientras esperaba el diagnóstico de la biopsia que confirmó su cáncer de mama, encontró una niña que notó su angustia y le dijo: “no sé por lo que usted esté pasando, pero sepa que Dios es mas grande que cualquier problema que haya”. Laura se agarra a su fe y vió en esa niña una señal. Pero también exploró en su conciencia con espíritu crítico y se trazó acciones de transformación, además, por supuesto, del tratamiento médico. “Viví el infierno completo estando en los pies del sagrario donde se supone que a los pies de Dios hay paz porque yo no quería soltar ese dolor”.

El dolor puede ser adictivo, reconoce Laura, y el sufrimiento también. Pero aprendió a perdonar y a perdonarse como su antídoto. “A mí me pueden decir que estoy loca, pero el día que decidí perdonar, las quimios desaparecieron el tumor. Igual me tenían que hacer cirugía, yo dije: Dios mío me van a quitar el seno, voy a quedar como un monstruo” y Laura se toma el rostro recordándolo. Le sacaron alrededor de 5 centímetros, pero el hueco que primero vio grandísimo en su seno, se resolvió con una reconstrucción y se sintió bien. Después de la cirugía, recibió 25 sesiones de radioterapia, ahora toma medicamento y está mejor.

“¿Qué es el perdón para ti Laura?”, le pregunto finalmente. A lo que responde sin titubeos: “es una decisión. Yo nunca le pedí a Dios que me sanara del cáncer; en medio de mis oraciones le pedí perdonar y sanar eso que sentía y que me ardía y me quemaba”. Laura mira el reloj, es hora del medicamento de su tía, a la que considera como otra madre, y que tiene cáncer en etapa terminal.

adidas
mez

# Olga,
## perfecto es el amor

*Un día Olga llamó a sus hijas Valentina y Daniela para salir de dudas. Las mellizas se acercaron. Olga fue directa. "Hijas, cuando se esfuerzan por ocupar los primeros puestos en el estudio, ¿lo hacen por ustedes o lo hacen por mí? La respuesta de sus pequeñas de doce años la dejó desconcertada: "mami, lo hacemos por usted. Nosotras nos sentimos muy mal porque en el colegio nadie nos quiere, porque creen que somos las creídas, las que llevan la rosca. Nadie quiere jugar con nosotras y nosotras queremos tener amistades".*

La que cuenta esta escena es la misma Olga. Lo expresa con cierta tristeza y como quien se quitó una venda de los ojos. “Cuando ellas entraron a primero ya sabían leer porque yo las presioné, mis niñas nunca copiaron en un renglón torcido, todo era perfecto”. Así como lo dice: quería que todo fuera perfecto, que sus hijas ocuparan los primeros puestos como ella lo hizo en la jornada nocturna del colegio Santo Tomás de Aquino de Guarne, su pueblo, al que entró a la edad de 19 años.

Olga trabajaba en el día en una casa de familia que es como le dicen por estas tierras al empleo doméstico. En la noche estudiaba y era la mejor. “Yo ocupaba los primeros puestos, y al ocupar los primeros puestos, usted sabe que todos lo quieren y quieren hacerse con uno, pero lo quieren es por interés, pero igual uno se siente bien, porque al final que lo busquen porque les convenga o no les convenga, pues da lo mismo: nunca está sola”. Pero ahora sus hijas decían lo contrario: estaban solas. Y lo que más le dolía a Olga: solas a merced de la presión que ella ejercía todo el tiempo para que siguieran siendo las mejores; no aceptaba una baja calificación: “Alguna vez me traían un 2, aunque nunca les pegué, verbalmente me enojaba y las trataba mal, hasta les llegaba a decir estúpidas, idiotas, que no servían para nada”.

Esta autocrítica la hace ahora Olga después de participar en los encuentros de la Escuela de Perdón y reconciliación (ESPERE) a los que llevó la intención de sanar esa relación con sus hijas partiendo de sanar primero la relación con ella misma. En uno de los encuentros de las ESPERE le mostraron un video de “una niña muy grosera que le quitaba el sanduche a otra niña, pero luego se dieron cuenta de que esa niña era muy grosera porque la mamá la trataba mal”. El ejercicio invitaba a ponerse en los zapatos del otro y a entender los motivos de las personas. A Olga le preguntaron si ella mostraba esa actitud con sus hijas porque le habían exigido lo mismo en su casa. Pero no fue así, según explica: “la verdad conmigo no fueron tan estrictos, yo fui responsable de mí todo el tiempo, no me enseñaron a leer ni estuvieron pendientes de mí”.

En este punto le pregunto a Olga: “¿usted quería hacerlo distinto a como lo hicieron los padres con usted?”. Incluso ya me había contado que cuando le dijo a su padre que iba a estudiar, este le respondió: “ya pa qué va a estudiar tan vieja”. Olga hizo su bachillerato entre los 19 y 25 años. “Seguro fue eso –me responde- porque la idea mía era que fueran siempre las mejores”. No es la primera ni la última vez que una madre o un padre se obsesiona con que sus hijos sean perfectos y que puedan aprovechar las oportunidades que ellos no tuvieron. Se funden, o confunden, con sus hijos de tal modo que les cuesta aceptar la frustración o el error, como si trasladaran a esa nueva vida, una segunda oportunidad de para la propia.

Olga es la sexta hija de una familia conformada por seis mujeres y dos hombres. Su niñez fue “prácticamente en el campo”, en la vereda Piedras Blancas. Su padre, un activo agricultor y comerciante, salía los viernes en la noche con productos de la vereda para la Placita de Flores en Medellín.  A los dos de la madrugada llegaba con papa, frijol, ahuyama, vitorias, alpiste…que desplegaba en el suelo de la plaza. Mientras los cuatro mayores ayudaban en el cultivo, los cuatro menores recogían huevos, arreglaban la ropa, llevaban el desayuno y le ayudaban a su madre a hilar la cabuya que sacaban de su cultivo de pencas de fique. “cadejiar –me explica- es como pasarle el cadejo a ella delgadito para que ella fuera haciendo el ovillo, después se convertía en bola y luego se madejiaba. Se traía acá a Guarne y se vendía para convertirlo en costales, los metían como en telares”. Su padre llegaba a la Placita de Flores no sólo con su cosecha, si no con la de otros vecinos casi todos de la misma familia. “Los sábados iba a todas las casas dizque a cuadrar cuentas con ellos… con una libreta, les entregaba la plata, y les llevaba la carne que le habían encargado”. Entre las cosechas para Medellín y el fique para Guarne se sostenía la economía y el ritmo familiar.

A la edad de 15 años, recuerda Olga, salieron del campo para el pueblo. Los vecinos de su padre trataron de disuadirlo: “usted es que es bobo Horacio, usted por qué se va a ir sabiendo que por acá lo tiene todo, en Guarne tiene que comprar hasta una papa, por aquí la tenemos”. Pero el traslado estaba decidido. La tristeza para Olga de dejar el campo aumentó cuando dejó de estudiar. Ganaba 800 pesos semanales de los que sacaba 400 para darle a su madre. Fue aumentando los gastos y ya quiso “un trabajito más grande” con la idea de estudiar. Lo logró a los 19 después de superar una larga “pena de amor”. Ocho meses de novios y ni con cuatro años lograba olvidarlo. “Es tan corto el amor y es tan largo el olvido” le recuerdo a Olga esos versos de Neruda. “sinceramente fue el único hombre en mi vida por el que sentía maripositas en el estómago”, me dice. “Es tan corto el amor…”

A los dos años de empezar a estudiar conoció al que ahora es su esposo. Incluso a él le advirtió: “yo le conté que yo estaba muy enamorada, que él vería pues si me entendía, que empezáramos como amigos, entonces él dijo que sí”. La paciencia les alcanzó y, después de nueve años de noviazgo, se casaron.

Pero antes Olga vendió chance, estudió dos semestres de secreatariado bilingüe y trabajó tres años “pegada” a una máquina de coser; “la vida mía era la máquina”, recuerda. “Una vez se varó mi maquina y me pasaron pa’ revisión y les gustó como revisaba yo”. No dejaba pasar nada; todo tenía que ser perfecto: no le podían dejar pestaña al cuello, perilla torcida, perilla zafada. Las compañeras ya empezaban a “cogerle pereza”, la situación se tornó tensa. Olga decidió hablar con su jefe. “Entonces yo dije allá: ‘si no me ponen en máquina me voy’, y me dijeron: ‘Olga, tiene que renunciar porque a nosotros nos gusta usted de revisadora”, y yo ‘bueno, entonces chao porque me voy’”.

Olga no dejó de trabajar y quería bebés. Tuvo que someterse a tratamientos en Profamilia. Cuando quedó embarazada de las mellizas le tocó dejar su trabajo porque su gestación era de alto riesgo. Pese a los cuidados, Valentina y Daniela nacieron prematuras. “Fueron bebés canguro, le tuvieron que madurar los pulmones. La gente iba a mi casa, porque el doctor nos explicaba bien a mí de que ellas podían estar en una cobijita caliente pero tenían que pasar de cuerpo a cuerpo, no se podían enfriar” Refiere Olga que su familia iba a “canguriar” para apoyarla. Su hermano, por ejemplo, iba de ocho de la noche a una de la madrugada. “Había que colocarlas en la mitad del pecho y cuando uno estuviera acostado tenían que tener la cabeza mas alta para no irse a ahogar, tenían que sentir el latido del corazón de uno”. Cada gramo de energía que las bebés recuperaban, era un pequeño avance. Succionar la leche del pecho las cansaba y les impedía ganar peso, de modo que tenían que extraer la leche de la madre. “Un trabajo

muy agotador, a veces ni dormía, me quedaba ahí desvelada pendiente de ellas" recuerda. Así estuvieron "canguriadas" durante más de tres semanas, y las bebés se hicieron fuertes.

La vida cambió completamente para Olga. Aunque no extrañaba trabajar, se concentró en sus hijas. Su esposo, carpintero, proveía lo necesario para la casa. Y tanto se concentró, que empezó a exigirles. "Imagínese que les enseñé a sumar y a leer en un diciembre, todo eso por la obsesión de que mis niñas fueran las mejores". Cuando llegó a insultarlas y a tratarlas de idiotas o estúpidas, reconoció que necesitaba ayuda.

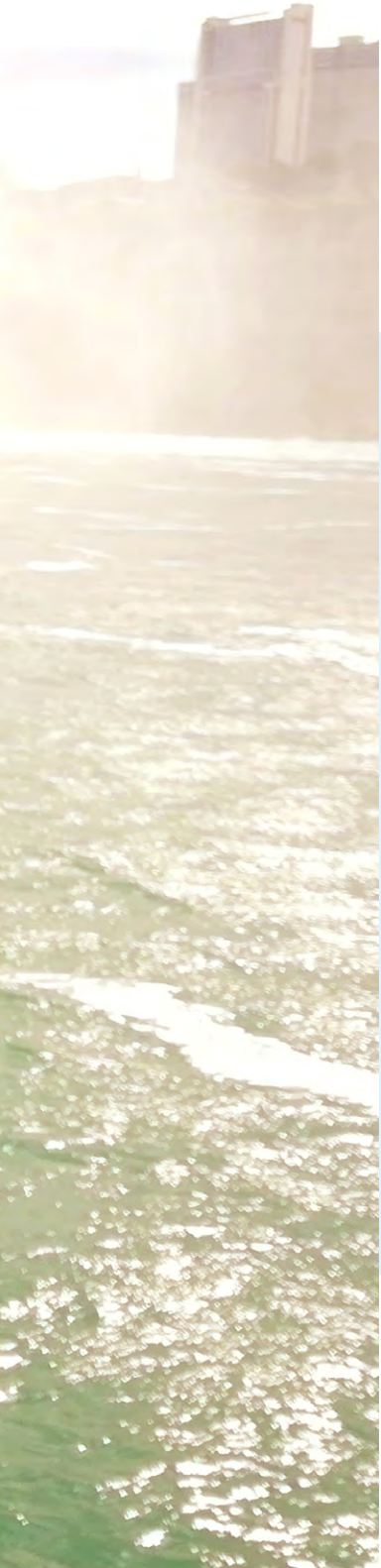
Acudió a su fe, pero también a una orientadora que le recomendó participar en las ESPERE. Olga no olvida la experiencia: "a mi me dio mucho susto al principio porque cuando nosotros llegamos nos dividieron en grupos de 3 o 4 personas. Entonces la facilitadora me puso unas vendas en los ojos y me dijo que caminara, que ella no iba a dejar que nos pasara nada. A mí me da mucho miedo la oscuridad y que me tapen los ojos, entonces ella me cogió de la mano y me dijo que estirara las manos, que había mas gente. Fue muy bonito tomar las manos a mis compañeros, yo sentí esa sensación de seguridad y de bienvenida" En otro momento, hablaron del concepto o idea del ofensor, cuál era el problema de cada uno. Trabajaban lecturas o veían videos en grupos que luego compartían con los demás.

Todavía le costaba reconocer que el problema que más "la movía" era el de su relación con su hijas. La razón de su conducta obsesiva porque fueran las mejores, su perfeccionismo con Valentina y Daniela. "Yo trabajaba con otra intención durante las sesiones, pero siempre se me atravesaba la de mis hijas; entonces yo le contaba al grupo y ellos también me ayudaron en el proceso".

Ver el rostro deformado por la ira en algunos videos con los que ilustraron algunas sesiones, puso a Olga frente al espejo. “Qué horror, así deben verme mis hijas”, pensó. Lo enfrentó hasta atreverse a hacer aquélla pregunta incómoda a sus hijas. “Lo hacemos por usted”, le taladraba. Se esforzaban por ser las primeras porque no querían ver a su madre enojada. ¿Le tenían miedo? no se atreve a aceptarlo porque siente el amor fluyendo, pese a todo. Pero acepta que a veces las asustó bastante.

Dicen que el alma es como el cielo, siempre es azul aunque hayan nubes. Me asaltó de pronto ese pensamiento escuchando a Olga mientras cayó la tarde y entró la noche en la sala de su casa. Una sala colmada de madera, barra, muebles, mesa… madera tallada y pulida con amor. Aquí no aplica eso de “casa de herrero cuchillo de palo”. Se nota la mano amorosa de su esposo carpintero y ebanista. De pronto irrumpieron Valentina y Daniela en la sala, venían del colegio. Se presentaron y me saludaron muy corteses. Noto en sus miradas la extrañeza de contemplar una escena poco habitual: su madre conversando con un señor en la sala. Olga las saluda con amor y sonríen.

Olga resume su experiencia en las ESPERE en una frase: “Lo primero es perdonarme, saber que actúo sin miedo y sin dolor para poder entregar lo mismo” El amor debe ser como el alma, retomo el pensamiento, está libre de apegos, de miedos, de expectativas, de obsesiones y de posesiones… el amor siempre es perfecto. “Muy rico que más gente vaya a ese encuentro con uno mismo”, concluye Olga.



# Badillo,
## como el río

*Andrés Badillo tocó las aguas del río Magdalena a la edad de diez años, porque necesitaba recoger barro para moldear un volcán. "Vaya a la orilla del río a recoger barro" le dijo su madre cuando Andrés le contó de la tarea que le pusieron en la escuela. Pero diez años es mucho tiempo para tocar el agua del río, teniendo en cuenta que usted vivía a la orilla, en pleno puerto de Barrancabermeja, le digo a Andrés mientras conversamos en la sala de la casa de sus padres. "Es que ese río se volvió el canal por donde bajaban los muertos", me responde.*

Andrés Badillo tocó las aguas del río Magdalena a la edad de diez años, porque necesitaba recoger barro para moldear un volcán. “Vaya a la orilla del río a recoger barro” le dijo su madre cuando Andrés le contó de la tarea que le pusieron en la escuela. Pero diez años es mucho tiempo para tocar el agua del río, teniendo en cuenta que usted vivía a la orilla, en pleno puerto de Barrancabermeja, le digo a Andrés mientras conversamos en la sala de la casa de sus padres. “Es que ese río se volvió el canal por donde bajaban los muertos”, me responde.

La vocación de Barrancabermeja ha sido el petróleo y esa fue la que vivió Andrés. Por eso, asegura, “la ciudad no crece con el río, ella crece hacia adentro”. Y no es que la población le haya dado la espalda al río, sino que la industria petrolera copó su orilla y su economía, “usted aquí no necesita la pesca”, explica Andrés. “Es que en la parte del río solamente hay un barrio que se llama Cardales, yo creo que ahí la gente de Barranca logró pensar que vivir al lado del rio era un asunto peligroso, entonces digamos que vamos a Barranca y vamos al muelle, pero usted no encuentra una zona habitada”, puntualiza.

Andrés creció con la década del 80 cuando su padre ya era trabajador de Ecopetrol, la empresa estatal petrolera que es como decir el segundo nombre o el apellido de Barrancabermeja. Rara vez se menciona a Barranca (así le dicen para abreviar) sin hablar de hidrocarburos y llamarlo el puerto petrolero de Colombia. El nacimiento mismo de la ciudad está vinculada al hallazgo de petróleo en el pozo Infantas a principios de siglo. Redescubrimiento, diría yo, para no quitarle el crédito a los antiguos habitantes indígenas que usaban el crudo, dicen, para embadurnarse el cuerpo y así fortalecer los músculos.

La economía de la pesca en Barranca es marginal y el río una especie de autopista de embarcaciones cuyo movimiento también está dinamizado por la refinería. El paisaje más característico es el de las chimeneas de la planta petrolera

que emite humareda día y noche, como un volcán en actividad. Tanto que ha sido preocupación constante de sus habitantes la calidad del aire que respiran en una ciudad que tiene fama de ser una de las más calurosas de Colombia. De tal modo que esa especie de redescubrimiento del río por el niño Andrés cuando llegó a su orilla para moldear un volcán con barro, no está lejos de ser una metáfora de la historia de la ciudad.

Sin embargo, Andrés también reconoce que creció siendo "hijo de petrolero" como llaman en Barrranca a los hijos de los trabajadores vinculados en la empresa. Estudió en un colegio exclusivo para los hijos del personal de Ecopetrol que, según Andrés, "era un sistema único. Nos recogían en la puerta de la casa en unos buses grandes, los útiles escolares nos los daban, los colegios eran grandes, con canchas múltiples y de todo. Una cosa inmensa". Esas circunstancias y el cobijo protector de la empresa, tal vez lo distanció del río, pero su vínculo con el agua ha sido de siempre, como me empezó a contar.

Un día su padre, que había sido pescador antes que obrero de Ecopetrol, llegó a la casa con un pez en una bolsa de agua, "fue una cosa maravillosa -recuerda Andrés- yo tenía por ahí seis o siete años; ese pez era un animal feo, come carroña y las lamas de las canoas: es el buitre del río". Lo metieron a la poceta que, en estas casas de Barranca, suelen ser grandes tanques de cemento que llegan a almacenar hasta cinco mil litros de agua; una diminuta piscina hogareña que hace las delicias de los chicos en los calores barranqueños. El pez, de la especie que denominan coroncoro, se quedó viviendo en la poceta y fue "la sensación". El atractivo del coroncoro no era propiamente ornamental, según lo reitera Andrés entre risas: "al principio fuimos muy cautelosos con el animal porque tiene un aspecto tenebroso, pero el animal no hacía nada, ya después hasta nos bañábamos con él".

Su aspecto hostil dejó de asustar cuando vieron que el pez se arrinconaba juiciosamente al sentir que los niños se

sumergían en la poceta. Los ojos de Andrés vuelven a sus siete años recordándolo: “era como un sapo alargado con la cabeza ancha y la boca con colmillos. Era fuerte, nosotros le poníamos un palo de escoba y lo destruía”. Pero mantenía limpia la poceta porque se la pasaba comiendo la lama de las paredes. El coroncoro acompañó a la familia Badillo durante casi tres años hasta que un día amaneció panza arriba en la superficie del tanque. Estaba muerto. “Le echamos la culpa a mi hermano, dijimos que seguro él lo había pisado, pero nunca se supo qué le pasó realmente a ese animal” lamenta Andrés.

El episodio del coroncoro despertó en Andrés la curiosidad por los peces. “Yo le preguntaba a mi papá y me contaba que había miles de especies de peces y cada una con varias familias”, señala. Su padre es del corregimiento El Guayabo, un puertico de pescadores. Todaviá hoy en día le fascina pasearse por la sección de pescado de los supermercados. Pero, realmente, vino a comprender el antiguo oficio de su padre y la sensación de vivir el río grande de La Magdalena apenas a sus doce años, cuando fue a visitar a sus tías. Las historias de su padre adquirieron otro sentido, se llenaron de color: “él me contaba lo que era vivir en el río, las implicaciones del río, cómo funcionaba el río, sus corrientes, sus playas”. En el corregimiento El Guayabo, del municipio de Vijagual, Andrés pudo vivir el río: “era una cosa muy bonita porque yo me bañé en el río, yo puedo decir que me bañé en el río, usted le pregunta a mucha gente de Barranca y nunca lo ha hecho, porque nadie se bañaba en el río”.

Bañarse en el río es un expresión muy ribereña para decir que estuvieron nadando y retozando. Pero es muy raro que alguien se bañe como tal, es decir, que lleve jabón y toalla. Mucho menos en el Magdalena que ya adquirió un tono grisáseo, la mayoría de veces, y cuando no, un difuminado color ocre que muestra el grado de su contaminación. Y es todavía más extraño que la gente se “tire a bañar” a la altura de Barrancabermeja donde el río ancho ya trae la miseria residual de media Colombia. Aún así el río resiste el abuso.

Pero lo que más ahuyentó del río Magdalena a las gentes de sus riberas fueron los muertos. Aquí me gustaría contar que los fantasmas de difuntos rondaban la orilla, o que las ánimas en pena se mezclaban con madremontes, pero la realidad es otra. Los muertos eran de carne y hueso, no fantasmas. Sus cuerpos bajaban embarcados por el río ante la mirada cada vez menos atónica y más resignada de los pobladores orilleros. Los peces carroñeros, como el coroncoro de la familia Badillo, perdieron la reputación que les quedaba. Poco importó su fama de afrodisiaco para condenarlo, ni la evidencia científica de que la carroña la comen la mayoría de los peces, ni que es peor la concentración de mercurio en el vientre de los bagres y bocachicos. En conclusión: ni coroncoro, ni baño en el río.

Esa situación fue aún más aguda en los años 80, cuando creció Andrés, porque la violencia llenó de cuerpos el Magdalena. Por eso él, como muchos de sus paisanos, no puede evitar contemplar el río Magdalena sin recordar la contaminación y la muerte. Su visita a Vijagual, en otro punto del río, le ofreció otra visión y el coroncoro de su casa lo comunicó mejor con el viejo oficio de su padre. A pesar de que “en Barrancabermeja

desde que uno nace no se le da importancia al río, porque ni siquiera pedagógicamente se establecía la importancia del río", explica.

Para Andrés su historia "se partió" cuando se fue a vivir a Valledupar a la edad de 16 años extrañaba la fraternidad de su pueblo y "desde lo social" según relata, "uno ya estaba arraigado". A tal punto sintió esa transformación, que hoy todavía declara: "si yo pudiera devolverme en el tiempo, no hubiera tomado esa decisión de irnos". Le costó cuatro años encontrarle el sabor al vallenato, que es como la frecuencia cardiaca da Valledupar, y cogerle el compás al territorio. Le tocó fluir como el río.

Con ese caudal de barranqueño y vallenato, llegó a Medellín en el año 2003. Comenzó a estudiar ingeniería de sistemas, más por la influencia de su madre que por gusto. "Mi mamá dijo que si iba a estudiar tenía que ser algo que me fuera a dar plata. Eso fue un asunto obligado y eso obligado no funciona, entonces yo estudié como tres semestres y me di cuenta de que eso no era lo mío" recuerda. No se dejó llevar por la corriente porque lo suyo fue la psicología.

Afirma Andrés que "hay algo dentro de uno que lo nombra", como cuando se escucha el sonido del río y este le canta su canción, esa fue la psicología para él. Pero no a la manera del asunto existencial de "quién soy yo", si no de competencias humanas y de aporte a la sociedad. En esa área del conocimiento logró remar hasta inclinarse por el ámbito psicojurídico: "el componente del contexto criminológico, victimológico. Me gusta todo ese tipo de terrenos y ahí he trabajado" explica. Le gusta abordar el tema de la transformación y el cambio, Andrés cree en la rehabilitación. "La psicología misma ni siquiera cree en el cambio, pero hay posturas que uno puede rehabilitar. Ese es el componente que me ha gustado, me gusta mucho lo psicojurídico, pero también todas las ciencias cognitivas", reitera.

Los grupos juveniles y de adulto mayor del barrio Moravia de Medellín donde hizo su práctica profesional, le regalaron una bonita experiencia, pero fue su paso con reclusos en la cárcel Bellavista de Medellín lo que afianzó su decisión. “Trabajé con un tratamiento diferenciado con el sujeto del delito, el individuo del delito. O sea: una cosa es el individuo que delinque por hurto, otra cosa es el homicidio, otra cosa es el acoso. Allá hay un trabajo crudo en Colombia, no hay cultura penitencial todavía instalada” me cuenta.

Asegura que el impacto de la privación de la libertad modifica a cualquiera pero que “dentro del tratamiento diferenciado con un individuo usted puede encontrar personas tratables, personas intratables y del orden de lo imposible que ya no hay nada que hacer ahí”. De modo que pese a ese represado sistema carcelario de Colombia, escuchó a los reclusos decir cosas como: “hermano aquí se me murió mi mamá y no la pude ver”, “aquí nació mi primer hijo, las güevas, yo no vuelvo a hacer esto hermano”.

A pesar del desprestigio que rodea las experiencias de reintegración en Colombia con excombatientes de los paramilitares o la guerrilla, Andrés considera que estos procesos extramurales tienen mejores posibilidades de éxito que los procesos de resocialización de la cárcel. Para sustentarlo se apoya en cifras: “una persona que está en proceso de reintegración le cuesta al país seis millones de pesos ¿Cuánto le cuesta una persona en resocialización en cárcel?, alrededor de 18 o 20 millones de pesos ¿Qué es más efectivo cuando el nivel de reincidencia en el proceso de resocialización es casi del 75% y el de reintegración es el 24%?”

Sin preguntarle cuál es la fuente de esos datos, lo interesante es ver a Andrés hablando sobre el tema: le fluye como un torrente. En esas le pregunto cómo conoció el proceso de la Escuela de Perdón y Reconciliación (ESPERE). Y siguió navegando con la historia: “yo estaba en un proyecto social con unas

organizaciones sociales y de víctimas del conflicto armado en el municipio de Puerto Berrío. De cada organización sacamos alrededor de 15 líderes y empezamos a organizar una apuesta en el territorio en los temas de memoria y reconciliación en ese municipio. Era el coordinador de ese proyecto, que tiene como aliados a ISAGEN[1] y la ARN[2], y necesitaba realizar unos alcances, había siete alcances contemplados; uno de esos acances era realizar unos seminarios taller de derechos humanos, reintegración y memoria". Ahí fue donde encontró a Sandra Espinal de la Corporación Vida, Justicia y Paz de la Pastoral Social de la Diócesis Sonsón-Rionegro que le habló de las ESPERE.

Lo que Andrés no imaginó es que buscando ayudar a otros, lograría él mismo un sustancial cambio de visión participando en los doce encuentros de todo el proceso. Cuando explica esos momentos, su palabra es un caudal de percepciones: "esa experiencia le modifica la vida a uno; usted ve las cosas ya con un giro de 180 grados. Ver la vida de otra manera, develar lo que hay detrás, eso fue las ESPERE para mí". Y no ahorra términos para calificar la vivencia de emocional y sensitiva con lo que conlleva el concepto del perdón y de la reconciliación.

Uno de los momentos que más recuerda en el proceso con las ESPERE es cuando le pidieron que se amarrara una pita, en el sexto encuentro tenían que desatarla, pero todo ello rodeado de una relación especial con uno mismo para liberarse, romper ataduras. También entendió más profundamente el asunto de la justicia: "¿qué es justo? ¿a qué le llama usted justicia? ¿a que le llama ser justo? Eso me pareció un tema supremamente importante". Y sentencia con una frase que resume ese remezón del espíritu: "yo aprendí a desaprender".

---

1. Empresa de Generación Eléctrica
2. Agencia Para la Reintegración

Andrés es un hombre de tierra y agua, anfibio, la relación con el agua la expresa hasta en la metáfora de lo que encontró en el proceso con las ESPERE: “me permitió navegar, el barco que navegamos fue uno que transitó en esas aguas turbias para empezar a salir de todo eso y luego encontrar un mar tranquilo”. Pero es consciente de que, como el río, tiene sus momentos, sus crecientes y sus remansos. Entiende el perdón como un proceso necesario y anterior a la reconciliación, y asume la paz como la cúspide, lo más grande. Para él la propuesta de las ESPERE puede llenar muchos vacíos del sistema educativo y puede propiciar escenarios que permitan afianzar la paz.

Dicen que la vida misma es como un río, y es ya legendaria la frase de Heráclito de que nadie se baña dos veces en el mismo río. Badillo es el nombre de un río al que el joven compositor Octavio Daza le sacó canción; la naturaleza y el sonido del río se transforman en metáfora musical del amor. “El río Badillo fue testigo de que te quise, en sus arenas quedó el reflejo de un gran amor…”

Y cómo no preguntarlo: “Andrés ¿conoces el río Badillo?”. “Claro que sí. Cómo no con ese nombre y esa canción. Fui a conocerlo cuando viví en Valledupar. Es un río bonito, cristalino, de grandes peñas. “Entonan las aguas su bella canción, dicen que esta noche llena de encantos, convida el amor”. Y remata Andrés: “A mi papá le decían Badillo o el viejo Badi, y me ha parecido un apellido muy sonoro: algo así como elemental, simbólico, ritual”. Igual que el río, igual que la vida, pienso. “Ya llegó el amanecer, cantan las aves al nacer el día, mira los rayos del astro rey que vienen saliendo allá en la serranía”. Gracias Badillo.

# Crónicas ES.PE.RE.

**Autor**
*Juan Alberto Gómez Duque*

# Crónicas
# ES.PE.RE.

HISTORIAS VIVENCIAS PERFILES
VIVEN PERFILES HISTORIAS
CIAS HISTORIAS


Teléfonos: 531 79 99 - 531 52 52
Dirección: Calle La Convención N. 47:31
Rionegro, Antioquia

**www.vidajusticiaypaz.org**

**www.pasocial.org**

vjp.pasocial@diosonrio.org.co

Área de Pastoral Social

@pasocialdsr

Pastoral Social Diócesis de Sonsón - Rionegro

Área de Pastoral Social

@pasocialdsr